

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 21 junio 2017**

Texto de referencia: J. Carrón, Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives, supl. de Huellas-Litterae communionis, julio 2017, pp. 14-23.

- *Amare ancora*
- *Give me Jesus*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

«Qué amargura, amor mío, / ver las cosas como yo las veo» (C. Chieffo y M. Neri, «Amare ancora», *Cancionero, Comunión y Liberación* 2007, p. 318), reduciendo a veces la vida y la realidad a lo que somos capaces de ver nosotros. En cambio, qué alivio poder reconocer que «bastaría solamente con volver a ser niños [...] / y recordar que todo nos es dado» desde el comienzo de cada día. Qué verdad es lo que nos hemos recordado en los Ejercicios: que sin un movimiento nuestro la realidad nos aplasta, nos aplasta como una capa de plomo y entonces empieza el formalismo. Si no se produce un movimiento de nuestra libertad, empieza el formalismo. Como decía la carta que citaba en la Introducción de los Ejercicios: «No me basta con adherirme mecánicamente a un aviso» para que la vida renazca. En cambio, «la vida es bella porque cada día se da la posibilidad de relación con el Misterio, y todo puede convertirse en un desafío para descubrir esta relación y para obtener de ella una ganancia para uno mismo» (pp. 6-7).

¿Qué experiencia tiene de esto cada uno de nosotros? Porque el drama se juega a este nivel, como me escribe una persona que no ha podido venir porque vive en un país lejano. Quiero empezar por aquí: «Creo que he llegado a un momento crucial de mi existencia. Uno de esos pasos improporables, decisivos. Creo que es mérito de tus provocaciones en los recientes Ejercicios de la Fraternidad (¡y solo he empezado con la Introducción!). Voy al grano. Todas las consideraciones (y las preocupaciones “antiguas” de don Gius) que nos propones son más que precisas. Y temo estar metido hasta el cuello. Evidentemente, corro el riesgo de ser formalista y moralista. Más aún, me resisto a confesármelo a mí mismo: mi fe es formal (discurre paralela a la vida); mi forma de vivir es esencialmente moralista (cuántas cosas “no se pueden hacer” o, por el contrario, “no se pueden dejar de hacer”: incluidos los grandes gestos –Jornada de recogida de alimentos, Banco farmacéutico, Tiendas de Navidad, caritativa, fondo común, Ejercicios, Escuela de comunidad, etc.). Pero el test (el habitual y despiadado test), el de la alegría, me destroza: ¡no existe! Como mucho, se da una forma de relacionarse costosa, pretenciosa y egoísta. Y ya no puedo más. Me gustaría (¡el deseo!) estar contento en el llanto, contento en la humillación, contento en la tribulación, en las pruebas, en los imprevistos [porque el formalismo ya no basta para vivir]. Y en cambio, me veo con frecuencia atrapado en la rutina, aunque sea –si me permites el término– “ligera”. En resumen, un verdadero desastre. Cristo está verdaderamente aislado de mi corazón, a pesar de que lo niegue una y otra vez, y querría exactamente lo contrario. La

salvación no deja de interesarme, pero pienso siempre en ella [¡atención!] según un modelo mío. Y después de tantos años dentro de la historia del movimiento no consigo creer que esté tan “reducido” [podemos estar aquí, participar en todo esto y estar “reducidos” de este modo]. Y tampoco puedo moverme de forma distinta. La sensación más extendida es la de dejarlo, porque no consigo “convertirme”. Por tanto, reducir en última instancia la existencia a mi buena voluntad (apoyándome nuevamente en mí y no en Otro); con la certeza (basada siempre en mis presuntas capacidades) de ser una “persona muy capaz” que se entrega con energía vibrante por las personas que, eventualmente, me piden ayuda; que no se presta a demasiadas prácticas nocivas o perniciosas; que, en definitiva, ¡no está tan mal al final! ¡Pero la alegría siempre está en otro sitio! ¿Y la compañía? Ya, la compañía. No creo que haya a mi alrededor demasiada gente que se deje la piel por ayudarme, comprenderme y acompañarme. Más bien me juzga y para después aislarme. Entre una Escuela de comunidad y otra, nunca recibo una llamada o una invitación a vernos; como mucho, algún mensaje con chistes ridículos o grimosos links que solamente contribuyen a la división. ¿Será formal o moralista como yo también parte de la compañía que conozco y frecuento? ¿Cómo salir de ahí? [Nada más formular la pregunta, vuelve a razonar según el “modelo”]. Y que nadie venga a decirme que la inquietud que experimento es un “bien” porque no lo entiendo. Que nadie venga a decirme que mi (eventual) grito (o festival de la queja) “sirve”, y que Cristo también está ahí, que me espera, y que todo lo que vivo no es para nadie más que para mí. Todo esto lo entiendo solo a nivel formal pero no existencial [esta es la cuestión: incluso este reconocimiento es algo formal]. El corazón está aislado. Sufre y no sabe qué paso dar. ¡La libertad (y, por tanto, el camino)! Después de mucho tiempo me encuentro de nuevo en una “línea de salida”. Pero la edad (hacerse mayor) no es un ayuda. Más bien lo contrario. ¿Qué “tarea” nos pones para el verano?». Creo que muchos podemos reconocernos con frecuencia en esta descripción. Desde dentro de esta situación podemos descubrir verdaderamente lo que nos dice don Giussani: «Cualquier expresión de un movimiento como el nuestro no es útil si no genera desde lo íntimo de las circunstancias concretas que vivimos un llamamiento a la memoria de la presencia de Cristo [podemos hacer de todo pensando que esto nos da la alegría; podemos hacer las cosas puntualmente, pero no percibimos este hacer como un llamamiento a la memoria de Cristo]. Más aún [no cito este pasaje para fustigarnos sino para consolarnos, identificando lo que nos sucede a veces], empeora la situación de lo humano, porque favorece el formalismo y el moralismo y contribuye a devaluar el acontecimiento entre nosotros –acontecimiento que deberíamos retener con temblor en los ojos y en el corazón como criterio de nuestro comportamiento mutuo– reduciéndolo a refugio sociológico, a posición social [como cosas que tenemos que hacer, como peaje a nuestra pertenencia a una compañía]» (p. 15). Si todas las cosas no son como un grito que nos remiten a la memoria de Cristo, nada será capaz de satisfacernos. ¿Por qué? También nosotros podemos hacer determinados gestos como hacen otros, pero no será esto lo que nos dé la alegría.

¿Dónde encontramos la alegría? Esta es ya una primera pregunta que debemos plantearnos para el verano: ¿dónde me sorprende alegre? ¿Cuál es el origen de mi alegría? ¿Cuál es el origen de mi salvación? ¿Dónde la reconozco? Porque las palabras

ya nos las sabemos todos, pero son formales porque no las comprendemos de modo existencial; por eso es inútil explicar de nuevo palabras como «alegría» o «salvación», tenemos que descubrirlas en nuestra vida: ¿cuándo sorprende en mí la alegría? ¿Dónde me doy cuenta de que, en un momento dado, empieza a suceder algo que hace vibrar en mí la alegría, que hace vibrar en mí la salvación? Si no es así, seguiremos repitiendo solamente palabras vacías. Como me escribe un amigo: «Hago de todo pero no me basta». ¡Es normal que no te baste! Si lo que haces no es para alimentar la memoria de Cristo, ¡nunca te bastará! Por tanto, podemos reducir nuestra participación en un lugar como este, el movimiento, a hacer algo, como nos ha dicho don Giussani. Releed ahora la Introducción de los Ejercicios, porque ahí don Giussani ha retratado todas nuestras reducciones, y justamente por eso nos ayuda a comprender el origen del formalismo que se produce en nosotros, a pesar de que hagamos todo lo que se nos sugiere: porque en cada instante podemos perder el origen y la finalidad por la que lo hacemos. Y esto se ve, prosigue nuestro amigo, en la «dificultad enorme que tengo para reconocer a Cristo [ni siquiera conseguimos percibirlo en la vida], y me parece que con mucha frecuencia me Lo construyo yo. ¿Pero cómo es posible que Cristo, que es el sentido de todas las cosas, sea tan difícil de reconocer?». No es difícil, siempre lo hemos dicho – basta con que uno recuerde todas las ocasiones en las que le ha sucedido que Lo reconocía presente–, es todo menos difícil; ¡es facilísimo! Pero es necesario que no lo reduzcamos al esquema, al modelo que tenemos nosotros en la cabeza, y que estemos atentos a cómo sucede. Porque los fariseos tenían delante a Jesús, y sin embargo no lo reconocían. También nosotros lo tenemos delante muchas veces, pero como la forma de Su presencia no coincide con nuestro esquema, no lo reconocemos. Entonces, ¿qué es lo que facilita este reconocimiento? Cuando sucede, ¿qué me permite reconocerlo? Muchas veces el modo que tenemos nosotros en la cabeza no coincide con la realidad de Su presencia. Estas son preguntas que debemos dejar abiertas durante todo el verano.

Te planteo una cuestión que ha surgido después de una cena muy encendida en mi grupo de Fraternidad en el que hablábamos de las notas de nuestros hijos, que habían salido justamente ese día; desilusiones varias de quien se esperaba otra cosa, de quien tenía que haber sido avisado antes. Todas ellas cosas legítimas y que partían de un deseo bueno para uno mismo y para sus propios hijos, pero que encerraban una desilusión última, una perplejidad sutil ante el dato que nos ponía delante la realidad: esas tareas, esa injusticia. Es como ser impacientes y no confiar en que justamente esa forma, que podría tener sus límites, es la que Jesús nos da para que crezcamos nosotros y nuestros hijos. En la Introducción, en las páginas 20-21, se encuentra esta afirmación: «Con Cristo podemos afrontar cualquier situación en la que nos encontremos. Y en esto consiste también nuestra verificación», y para realizarla «se necesita nuestra libertad. Debemos decidir de qué lado estamos», si «del lado del sepulcro o bien del lado de Jesús. (...) Cada uno de nosotros tiene ya un pequeño sepulcro, [...] una herida, una injusticia sufrida [...], un rencor [...]. Sentimos entonces que se dirigen a cada uno de nosotros las palabras de Jesús a Lázaro: “¡Sal fuera!”». Muchas veces yo comprendo que hay una forma de decir: «Estoy del lado de Jesús» que encierra un formalismo último, no intencionado y no admitido, que no nos hace libres

para esperar con paciencia –una etapa después de otra, que no siempre se da inmediatamente– el sacrificio de la seguridad, es decir de la certeza de Otro. Si puedes, sería una ayuda para mí profundizar en este tema de la verificación y en este estar «del lado de Jesús».

Este «formalismo último», ¿en qué consiste, en que lo percibes?

En que decimos que estamos del lado de Jesús, pero en el fondo estamos de acuerdo mientras Jesús piensa como creemos nosotros que debería pensar.

Es decir, falta la alteridad de Jesús. Es Jesús solo si coincide con lo que pensamos nosotros, con nuestro esquema, decía el amigo de la carta que he leído antes. Por eso, al final nunca nos encontramos ni nos topamos con algo distinto, distinto de nosotros. Y cuando sucede de otro modo, no Lo reconocemos porque no nos esperamos nada, pues ya hemos decidido que dentro de esos límites y de esa desilusión Jesús no puede llegar. Somos nosotros los que ya hemos decidido de forma anticipada dónde y cómo puede llegar Jesús a nuestra vida. Con la expresión «formalismo último» estás diciendo esto: que nosotros ya hemos decidido a priori que Dios, si fuese inteligente, debería aceptar «nuestro» designio y someterse a «nuestro» pensamiento. ¡Pero los pensamientos de Dios son distintos de los nuestros! De hecho, cuántas veces nos hemos sorprendido porque Él ha venido a nosotros de un modo absolutamente impensable. Por tanto, la única posibilidad es mantener una apertura (incluso a través de un verano trastocado por los suspensos de los hijos). Todas las cosas imprevistas e inesperadas que suceden pueden convertirse en una ocasión para nosotros. Pero si no las vivimos permaneciendo abiertos a la posibilidad de que Él pueda comunicarse a través de ellas, al final Lo sacamos de la realidad porque solo aceptamos lo que hemos decidido nosotros a priori. En cambio, la única posibilidad es educarnos en esta actitud –como dice don Giussani en *Por qué la Iglesia*–, en despertar en nosotros el sentido religioso para estar atentos al gesto a través del cual el Misterio sale a nuestro encuentro. Pero muchas veces no tenemos la paciencia ni la disponibilidad para seguir –como dice don Giussani– el gesto del Misterio, y por eso lo dejamos a un lado. Esta es entonces la verificación que tenemos que hacer: intentar abrirnos al modo imprevisto con el que Él puede salir a nuestro encuentro, porque este es el cambio radical de método que hemos visto en la Escuela de comunidad. Con nuestra inteligencia nosotros imaginamos, proyectamos y decidimos todo. Pero aparte de la posibilidad de la inteligencia, existe otra, y es la del pobre que, como un niño, espera ver cómo sucederá. «El primer método favorece al inteligente, [...] [el segundo] al pobre, al hombre común. El dar con una persona presente es una evidencia fácil para el niño y para el adulto. En la dinámica reveladora de esta hipótesis el principal acento no cae ya sobre la genialidad y la capacidad de iniciativa, sino sobre la sencillez y el amor» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2012, p. 39). Esta es la única posibilidad para poder reconocerlo: estar disponibles al modo con el que Cristo sale a nuestro encuentro. Y esto nos da la paciencia, como hemos visto citando a Mounier: «De la tierra, de la solidez es de donde deriva necesariamente un parto lleno de alegría, el sentimiento paciente de la obra que crece, de las etapas que se suceden, esperadas con calma, con seguridad [la realización del designio de Otro]. Es necesario sufrir para que la verdad no se cristalice en doctrina» (*Mi corazón se alegra porque Tú, oh Cristo, vives*, op. cit., p.

19), es decir para que no sea solo un contenido teórico sino existencial (una experiencia). Lo repito, esto sucede únicamente si nosotros estamos disponibles.

¿De qué modo obra el Misterio? Me escribe otra persona que no ha podido venir: «Meses terribles. Un fuerte enamoramiento con la persona equivocada y después una herida enorme. Necesidad de una mirada infinita de amor sobre mí. Yo había identificado la salvación con esa mirada y me sentía equivocada. Había decidido que solo a través de él podía estar contenta [«Había decidido»: ¿veis cómo establecemos nosotros a priori qué tiene que ser la salvación y cuál debe ser su método?]. Lo más terrible era que la falta de su mirada implicaba un juicio implícito sobre mí: yo no soy suficiente, yo no valgo. Me sentía una completa nulidad». Cuando uno no está en la actitud adecuada todo empieza a complicarse, y la atención se dirige a algo que, aunque sucediese, no podría dar la salvación. Hasta que se produce el encuentro imprevisto: «Después, el encuentro más importante se produjo con una amiga con la que no comparto la vida cotidiana, pero que ha sido un grandísimo punto firme. Lo que me hacía respirar literalmente era su presencia, el relato de su historia, su mirada sobre mí, que me hacía experimentar una ternura enorme [uno imagina dónde tiene que suceder, pero después se sorprende de que suceda en otro sitio]. Delante de ella, que me hablaba y me miraba [¿cómo se comprende que ha llegado la salvación?], yo me reconocía de nuevo, me sentía más yo, me sentía más verdadera; decía: es justamente esto lo que deseo, recibir una vez más esta mirada y esta novedad. Quiero tener, también yo, su mirada». La salvación llega así. Por ello, si uno no está disponible a esta sacudida, seguirá haciendo las cosas abierto a todo lo que hace menos a dejarse mover de sitio. ¿Y cuál es el resultado de esta disponibilidad? ¿En qué se ve que la salvación ha llegado a su casa? En que ahora no puede jugar a la baja: «Estoy aprendiendo a preguntarme qué deseo. Estoy aprendiendo a pedir que me muestre de verdad Su camino para mí; cosa difícilísima, porque presupone una seriedad frente a la propia vida». Se ve que ha llegado la salvación porque el yo empieza a tomarse en serio la vida. Y de este modo, la verdad no se cristaliza en doctrina. Entonces, «¿en qué consiste este cambio?», pregunta. Consiste –primer paso– en toparse con una persona (en este caso, una amiga que te mira de forma distinta hasta el punto de hacerte ser tú misma: «Me reconocía de nuevo, me sentía más yo»). Este es el primer contragolpe: pura gracia. Debido a ello, en un momento dado, yo me sentía más yo. Segundo paso: la libertad puede aceptarlo o rechazarlo. Puedo reconocerlo o no. El primer contragolpe no lo decido yo, sucede, pero enseguida es necesario reconocerlo. Es fácil reconocerlo cuando sucede. Tercer paso: ¿en qué consiste el cambio? En que puedo, después de haberlo reconocido, secundar el modo con el que Cristo ha salido a mi encuentro. Cuarto paso: ¿qué produce seguir este modo? Mi deseo de no jugar a la baja, por tanto de tomarme en serio mi vida, de empezar a ser protagonista de la vida porque Cristo me despierta constantemente. Es lo que dice don Giussani –como hemos repetido en la Primera lección, y que retomaremos en las próximas semanas–: el fundamento humano del yo se despierta, el hombre se vuelve pobre de verdad, empieza a darse cuenta de cuál es la verdadera naturaleza de su yo y de su verdadera necesidad. Pero a menudo, como me escribe una persona, no percibimos el hambre y la sed, es decir, la conciencia de la necesidad, como el primer signo de la salvación: «Para los que tienen hambre y sed, la vida es una tomadura de

pelo». ¡Impresionante! Si no coincide con el modo que yo tengo en la cabeza, todo se convierte en una tomadura de pelo.

Hace algunos días llegué a un punto que no tiene vuelta atrás. No ha sucedido nada grave, nada especialmente grave, solo que la vida en su normalidad me somete a una dura prueba. Yo hago todo, me lanzo a las cosas, cuando no hay cosas me las busco yo, busco a los amigos, trato de hacer cosas bonitas con mi hija, pero por la noche me voy a la cama y me pregunto: «¿Qué ha sucedido hoy?» y si estoy feliz de vivir. A menudo me digo que no, más aún, lo concibo como un día que ha pasado hacia la vejez. Digo que no hay nada bonito que merezca la pena si falta lo que hace que el instante sea pleno; para mí todo es pesado y triste. Cuando estoy así me cuesta reponerme, y me pregunto si no tendré algún problema: ¿por qué no estoy de verdad contenta por lo menos de vez en cuando? Esta vez, leyendo los Ejercicios, me veía muy descrita por la psicología de la tumba, y sin embargo reconocer que es así no ha sido suficiente para volver a levantarme. No me basta con decir que quiero dejar entrar a Jesús —y lo quiero de verdad—, porque pensar que me gustaría ser feliz no elimina el hecho de que muchas veces estoy triste, de que tengo un temperamento melancólico; y más que ver lo bonito de la vida, siento su peso y a veces me pregunto qué hago aquí. Pido ayuda, he pedido ayuda, porque he podido ver cómo se vive intensamente. Poner sobre la mesa mi malestar, mi tristeza, me pone en relación con los demás. Pero en el fondo pienso todavía que depende de mí, que haciendo o dejando de hacer algo puedo darme la felicidad. Sin embargo, las personas que veo que son felices son aquellas que viven una relación que les constituye y determina; quizá sufren, pero no están resignadas. Yo veo a mi alrededor grandes ejemplos y testimonios que con frecuencia me asombran, pero a veces me hacen enfadarme en realidad, porque yo me pregunto cómo es posible que sucedan esas cosas y yo me angustie en mi normalidad. Ni siquiera me basta la compañía que me ayuda a ponerme nuevamente en camino, necesito que cambie algo en la conciencia que tengo de mí misma. Necesito ayuda, a veces me siento un poco cansada en esta lucha porque mi vida me parece un continuo caer y levantarme sin que crezca la relación con el Misterio; a veces me avergüenzo incluso de hablar de Cristo, hasta el punto de que no lo he nombrado hasta ahora; y lo nombro poco porque me siento muy lejana de...

¡Menos mal que Cristo no se avergüenza de ti! En tu opinión, amiga, ¿qué quiere decir para ti este cambio de conciencia?

A veces me parece que necesito a alguien, a alguien que me recuerde físicamente... Muchas veces nos has dicho que tendemos a la autosuficiencia, pero yo entiendo que, cuando estoy sola con mi hija que me mira, necesito en ese momento estar segura de la relación con Cristo. No es que pueda entrar siempre alguien por la puerta y decir una palabra. En este sentido pido ayuda, porque yo sigo, intento seguir, pero muchas veces siento que recaigo en esta tristeza mía.

Cuando hablas de «autosuficiencia», ¿a qué te refieres? Lo contrario de la autosuficiencia es darte cuenta de que esta situación tuya no la resuelves tú misma. Y no tienes que resolverla por ti misma. Crecer en la conciencia de ti misma quiere decir crecer en la conciencia que tienes de tu verdadera necesidad. Cuanto más conciencia

toma uno de la naturaleza de su propia necesidad tanto más se da cuenta de que la autosuficiencia es la actitud más estúpida que se pueda tener; cuanto más cuenta me doy de la naturaleza ilimitada de mi deseo, tanto menos pretendo responder por mí mismo. ¿Qué quiere decir esto con respecto al «cambio de mentalidad»? ¿Quién te da este deseo de plenitud? ¿Quién te da esta tristeza? ¿Quién te da esta insatisfacción? ¿Qué nos dice todo esto? Que tú eres más grande que cualquier otra cosa, y que la relación que puede responder es la relación con Otro, que tú ves que se realiza en alguien. La cuestión es si cada vez que estás bloqueada en estas cosas, te das cuenta de que la consistencia de tu verdadera necesidad, de que el crecimiento de tu propia conciencia, depende de que tú estés en relación con. Lo ves en tu hija. Cuando tú la cuidas, ¿qué te dice tu hija de sí misma? Que ella consiste por completo en la relación contigo. Toda ella es relación contigo. Esto no tiene que ver desde luego con la autosuficiencia. Si existe una criatura que no es autosuficiente es tu hija. Ella es perfectamente consciente de que te necesita. Y si tú secundas lo que tu hija te está testimoniando (o que ves en otros testigos), entonces te das cuenta de que tú también necesitas a Otro. ¿Qué es lo que ves? Considera lo que ves, porque el Misterio te pone delante a tu hija y a ciertos testigos para que tú puedas ver, hasta llegar a preguntarte: pero, ¿por qué estos tipos, que tienen los mismos problemas que yo, viven así? El Misterio te da las circunstancias como para decirte: «¿Te das cuenta de que hay una respuesta?», y la pone delante de ti, no te da una clase. Te pone delante alguien en quien la respuesta sucede, desafiando tu desconfianza: «¡Mira, observa lo que sucede en ellos!». Porque, como nos ha dicho Giussani, seguir es revivir la experiencia de otro, y así tú podrás empezar a hacer un camino hacia el cambio de conciencia que te permita vivir la realidad como lo hace tu hija cuando estás con ella: contenta. No porque tú necesites que siempre haya alguien contigo, porque a veces estás sola. ¿Y entonces qué haces? ¿Esperas ver a alguien? Si puedes hacerlo, hazlo, no es necesario hacer la penitencia de permanecer solos para probarlo. La cuestión es que muchas veces los compromisos que tienes te obligan a vivir ciertas circunstancias sola, como sucede cuando uno se traslada por trabajo o tiene que responder a los imprevistos de la vida. La cuestión es si empezamos a decir: «Yo» con la conciencia de que somos relación con Otro. Este es el cambio de conciencia que ves testimoniado en tu hija. Entonces, intenta ver este verano cómo crece esta conciencia y qué pasa en ti cuando sucede.

Hace tres años sucedió un hecho que me marcó mucho. Ha pasado mucho tiempo desde entonces; el año pasado conocí el movimiento, que ha cambiado mi vida devolviéndome una exigencia de sentido a todo lo que me ha sucedido y una compañía con la que caminar. Ha sido un año de descubrimientos y novedades. Cada día me ha acompañado un gran entusiasmo, sobre todo por la extraordinaria correspondencia que he encontrado con lo que intuía que era mi primera necesidad desde siempre: tomarme en serio mi corazón. Sin embargo, ahora no te escondo una gran dificultad. Ahora me doy cuenta de la responsabilidad que es seguir preguntando al propio corazón, del dolor que supone admitir que en el fondo ni siquiera ahora conozco lo que siempre le falta a mi corazón. No es suficiente atribuir un nombre a la falta que percibo, no me basta tampoco decir que es Cristo el que se manifiesta en mi vida a través de ella. Esto tengo

que verificarlo todavía. Quizá es lo más valioso que me queda de este año. No se me ha resuelto el dolor y no ha desaparecido mi soledad, pero se ha abierto una hipótesis de significado para mi vida que debe ser continuamente redescubierta para subsistir, para hacer nacer en mí el deseo de conocer la verdad de las cosas cada día. Sin embargo, no entiendo bien cuando se dice que «es necesario sufrir para que la verdad no se cristalice en doctrina», para que Cristo no se quede como un ejemplo de valores normales, «sino que nazca de la carne». ¿Qué quiere decir de verdad adherirse a Cristo en relación con el sufrimiento que llevo en el corazón? Me parecía que me había encontrado con Él, pero parece que tengo que empezar desde el principio. El Papa nos ha dicho que tenemos que hacer memoria, sin embargo no sé a qué se refiere con este «hacer memoria», porque recordar el día en que me encontré con el Señor no me devuelve toda la plenitud de ese instante, y los rostros de los amigos que me habían fascinado aquella vez convenciéndome para que les siguiera tampoco me devuelven esa plenitud que yo ahora pido y deseo terriblemente. ¿Cómo puedo volver a obtenerla? Y cuando no está, ¿es sencillamente porque no se me da? Sin embargo, hay algo en lo que me doy cuenta de que he cambiado con respecto al año pasado: me ha sorprendido la lealtad con la que sigo buscando una respuesta. A pesar de que en este último período nada me parece tan apasionante como al principio, me produce mucha ternura darme cuenta de que, si soy sincera, no soy capaz de mandar todo a la porra, porque tengo tal afecto por esta posibilidad de significado para mi vida, para mi historia, que necesito seguir preguntándome las razones y ver cómo sucede Él en el presente para decir verdaderamente que tiene que ver conmigo ahora, que todavía es para mí y que todavía me permite volver a respirar.

En tu opinión, ¿qué es lo más valioso que has dicho? Porque esto es lo primero de lo que te tienes que dar cuenta. Quizá lo más valioso es el descubrimiento de que «se ha abierto una hipótesis de significado para mi vida que debe ser continuamente redescubierta». Decir, citando a Mounier, que la verdad debe nacer de la carne significa que tú empiezas ya a ver cómo nace de tu carne este deseo de redescubrimiento que antes no tenías. ¿Y por qué sucede? Tú has dicho que lo que más te ha sorprendido como cambio en ti ha sido esto: «la lealtad con la que sigo buscando una respuesta». Este es el signo del crecimiento de tu persona: ahora ya no puedes volver a como eras antes. De hecho, «si soy sincera, no soy capaz de mandar todo a la porra, porque tengo tal afecto por esta posibilidad de significado para mi vida, para mi historia, que necesito seguir». ¡Quiere decir que este deseo de redescubrimiento de una hipótesis de significado ha empezado ya a introducirse en tu carne! La cuestión es si quieres dar crédito a lo que te ha sucedido, si quieres secundar este deseo de redescubrirlo continuamente para seguir creciendo como has crecido hasta ahora. Si no es así, dependerás únicamente del vaivén de los sentimientos o del estado de ánimo. Es como cuando has descubierto un autor y te ha gustado: es distinto escuchar un poema bonito y querer aprenderlo de memoria; aprenderlo es más fatigoso que escuchar sus versos. Pero como lo quieres aprender para repetirlo cuando vas por la calle, como lo quieres recordar porque te gusta mucho, esto introduce en ti el deseo de aprenderlo de memoria para que se vuelva tuyo. Si empiezas a darte cuenta de la lealtad con la que sigues buscando el cambio que sorprendes en ti, secundar esta conciencia es lo que hará que

crezca cada vez más ese cambio de conciencia, y de este modo podrás verificar cómo lo que te ha sucedido y que te está haciendo florecer como persona sigue sucediendo dentro de ti. En caso contrario, como hemos dicho en estos tiempos desde los Ejercicios, nunca será tuyo, y dependerás solo del vaivén de las circunstancias. Pero tú, después de haber vivido momentos de gran correspondencia, ¿quieres que esto llegue a ser tuyo? Esta es la cuestión. Solo sucederá si tú secundas lo que Cristo ya ha generado en ti, ese yo que empieza a emerger en ti. Si no lo secundamos, nunca será nuestro. Gracias.

Siempre me impresiona mucho cuando hablas de la relación entre el niño y la madre. He releído muchas veces una de las respuestas que diste en la última Escuela de comunidad, en la página 6 de los apuntes: «Esta es la posibilidad: que todo cuanto aparece como una objeción se convierta en diálogo con Aquel que nos hace». Y lo he transformado así: que todo lo que sucede, independientemente de la objeción, se convierta en diálogo con Aquel que nos hace.

«Que se convierta en diálogo con Aquel que nos hace», no que se convierta en cosas que hay que hacer. Que todo lo que hacemos se convierta en diálogo con Aquel que nos hace, como les sucede a vuestros hijos con vosotros: ellos son un diálogo con vosotros, no son lo que hacen; y todo lo que hacen es un diálogo con vosotros.

«Es algo facilísimo, lo hacen vuestros hijos», decías.

En este sentido, tenéis perdida la partida, ¡porque lo veis constantemente en casa!

«De hecho», decías, «no es que por un lado vayan los problemas y por otro la memoria. Vuestros hijos, como digo siempre, cuando se despiertan por la mañana y tienen el problema de la soledad, ¿qué hacen? Lloran, gritan, os buscan, no tienen otra cosa. No desde fuera, sino desde dentro de sus entrañas urge el deseo de encontrar el rostro de su madre. ¡Es fácil!». ¡Para mí no! Me impresionó muchísimo esta respuesta, porque es clara como el sol, es sencillísima; pero para mí es difícilísima.

¿Por qué? ¿Dónde está la dificultad?

Está en que para mí es tan lineal y matemático lo que dices, tan natural y tan correspondiente al deseo de mi corazón, que no consigo entender cómo no es igualmente fácil de aplicar en la realidad.

Hay una diferencia elemental: que en el niño es facilísimo. Pero si nosotros no trabajamos, dice don Giussani, si no nos comprometemos para mantener despierta la naturaleza que hay en el niño y que le lleva a vivir con esta disposición, en un momento determinado la perdemos. Miremos la parábola que describimos en la vida: toda la curiosidad y todo el ímpetu con el que un niño nace del seno de su madre crece, pero después empieza a decaer hasta que se hace viejo y prácticamente desaparece. Lo mismo sucede muchas veces en el trabajo y en las relaciones: decaen. ¿Qué hace falta? Lo hemos cantado al principio: «Bastaría solamente con volver a ser niños y recordar...».

¡La canción ya me había dado la respuesta!

Entiendo por qué dices que es difícilísimo. Es difícilísimo si no nos implicamos para que esta apertura a la realidad que ves en tus hijos llegue a ser nuestra como adultos. Es facilísimo encontrar un niño curioso; es difícilísimo encontrar un adulto «niño» como

disposición del corazón. Nuestros problemas empiezan aquí, y no porque sea difícil, sino justamente porque hemos perdido la pobreza propia de un niño.

Esto enlaza directamente con la Primera lección de los Ejercicios que ahora tenemos que empezar a trabajar. No lo hagamos porque no tenemos otra cosa que hacer, sino porque es crucial para que pueda resultarnos más fácil reconocer a Cristo. Como el niño. Pero si al leer la Primera lección no tenemos presente esta exigencia, no nos daremos cuenta de que se trata de un recorrido que no hay que dar por descontado (es como decir: primero está el sentido religioso, luego está Cristo, luego...), como tampoco nos daremos cuenta de que la experiencia de Él no es todavía nuestra, como tú estás diciendo. Para el niño es facilísimo; debería serlo también para nosotros como fruto de una educación, de un trabajo, de una atención, de un recorrido que hemos hecho, en cambio no resulta fácil en absoluto. ¿Entiendes dónde está la dificultad? Esta es la «tarea para el verano» de la que hablaba la primera carta de hoy. Darnos como tarea para el verano la Primera lección es para ayudarnos a reconocer a Cristo con la misma facilidad con la que un niño reconoce a su madre delante de él. Si no es así, no es que la salvación no esté delante de nosotros –como está la madre delante del niño–; la salvación está, en muchos momentos está ahí delante de nosotros, pero no la percibimos igual que tu hijo percibe tu rostro cuando se despierta por la mañana. ¿Se entiende?

Sí.

Entonces, ¿cómo se hace? Se hace comprometiéndose con este trabajo. ¿Está claro?

Clarísimo.

Os he dicho muchas veces –y no tengo ningún problema en repetirlo de nuevo – que lo que ha salvado mi vida es haber aceptado aprender lo que ya creía que sabía. Si nosotros dejamos de hacerlo pensando: «Esto ya lo sé», cuando suceden ciertas cosas llega un momento en que nos hartamos de escuchar las palabras que ya sabemos o que creemos que sabemos, sin ponernos nunca de verdad en la actitud de aprenderlas de nuevo constantemente.

Estos meses han sido para mí bastante difíciles, y han estado impregnados de una pregunta que se ha presentado insistente porque estaba provocada por lo que me costaba afrontar el día a día, y que me hacía conmoverme y hacía vibrar mi corazón mientras se la dirigía a Jesús: «¿Dónde estás? Muéstrame Tu rostro, por favor. Quiero hacer experiencia de Ti».

Es lo que preguntaría un niño: «¿Dónde estás, mamá?». Se nos regalan personas en las que esto empieza a surgir como actitud. Al principio del día uno se comporta como un niño: «¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Ven!».

De esta pregunta ha nacido, como reacción espontánea, una búsqueda que aumentaba mi conciencia de ser un cántaro vacío.

¡Como se puede ver, el hambre y la sed es todo menos una desgracia! Empiezo el día preguntando solamente porque soy un cántaro vacío. Pero si consideramos la pregunta como una desgracia, en lugar de tratarla como lo que empuja a cada uno de nosotros a buscar a Cristo («¡Ven!»), como hace el niño con su madre), entonces nosotros escuchamos un testimonio como este y pensamos: «¡Pero yo ya soy adulto!». Pues no, no soy adulto, ¡soy idiota! Idiota en el sentido etimológico del término: uno que no se

da cuenta de quién es como hombre. No se trata de un insulto, sino de la descripción de quien no es consciente de lo que significa ser hombre con toda la amplitud del propio deseo, con toda la conciencia de lo que uno es verdaderamente.

Y entonces busco en los textos que se me proponen, en la Escuela de comunidad y sobre todo en el jalonarse de las horas de mi jornada tal como se plantean. He tratado de adentrarme en todo pidiendo hacer una experiencia verdadera de Él. Y entonces han sucedido un montón de cosas.

«Entonces han sucedido un montón de cosas». ¡Con los mismos ingredientes! No ha dicho que tenga un hilo directo con el Espíritu Santo o un texto escondido; tiene los mismos ingredientes que todos. ¿Entendéis qué es lo que marca la diferencia?

Uno de mis hijos mayores fue al Triduo de GS y volvió con el cuadernillo que repartían allí, que yo le robé una noche. Lo leí con asombro y me impresionó todo, en especial una frase de don Giussani: «Cuando Simón se encontró ahí, a tres o cuatro metros, ¡nunca olvidaría cómo Él le miraba!». Decía: «¡Nadie me ha mirado así nunca!». Yo también quiero darme cuenta de que soy mirada así.

«Yo también quiero darme cuenta». A cada frase que lee se detiene asombrada. En cambio, nosotros pasamos sobre las palabras como un tanque, sin mover una pestaña, y por eso todo se vuelve formal. Pero cuando uno parte de su conciencia de ser un cántaro vacío, entonces empieza a no dar por descontado que existe una mirada así en la historia.

En los Ejercicios todo dejó una huella en mí.

«¡Todo!». Perdóname, no es que quiera interrumpirte a cada frase; pero cuando veo que existen entre nosotros personas como tú, con esta sencillez, reconozco que esto es para todos. No es que ella haya hecho un master en Harvard, sino que la conciencia que tiene de ella misma le hace vivir captando lo que tenemos todos en nuestras manos.

Cuando tú hablabas de cómo Giussani describía el acontecer puntual de esa «historia particular» que es «la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad en la relación con Dios, con la vida y con el mundo» (p. 18), añadías lo que don Giussani decía después: si no hubiese conocido a esta persona, a esta otra y a esta otra, Cristo se habría quedado como una mera palabra objeto de frases teológicas. Y luego tú haces hincapié en que no se puede prescindir del hecho, de la presencia histórica carnal de Cristo que se vuelve experimentable en la Iglesia. Y luego vino la Escuela de comunidad del 24 de mayo, con la lectura del texto del Innominado: «“Volveréis, ¿no es cierto?” [...] “¿Que si volveré? Aun cuando vos me rechazerais, me quedaría porfiado a vuestra puerta, como un mendigo. ¡Necesito hablaros!, ¡necesito oíros, veros!, ¡os necesito!”». En ese momento es como si se me hubiese ofrecido el modo único y perfectamente lícito de hacer experiencia de Cristo. Reconocí, mirando toda la experiencia que estoy viviendo con los amigos, que verdaderamente la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Y después de aquella Escuela, volver a hacer la misma petición a Jesús: «Quiero hacer experiencia de Ti», tenía un gusto completamente nuevo. La pregunta permanece, pero se ha orientado en cierto sentido, como si dijera: hoy, aquí y ahora, ¿dónde y a través de quién vas a salir a mi encuentro, me vas a mostrar tu rostro, Jesús? ¡Qué don tan grande es la compañía de mis amigos, que no se limita solo al momento en que los veo, sino que se extiende a lo largo de mi día lleno de

dificultades! ¡Y qué gusto nuevo al encontrarme con cada persona, que es para mí una inmensa posibilidad de verte, Señor! De este modo, se me ha vuelto más sencillo reconocer a Cristo, sobre todo si uno tiene la gracia de ser corregido, como me pasa a mí con frecuencia. La corrección que Jesús me hace a través del amigo suscita en mí una correspondencia, me reorienta casi inmediatamente hacia mi camino, aunque sea un camino de sacrificio. Estos meses han sido para mí un despertar, un reconstruirse de mi persona. Un día me sucedió un hecho. Una mañana en la comida me encontré discutiendo con una persona sobre una cuestión personal y dolorosa. Las palabras, la actitud y el razonamiento de esa persona me habrían causado meses atrás una reacción clara de ruptura violenta; casi seguramente habría abandonado la discusión reaccionando malamente. En cambio, aquella mañana se produjo un instante de silencio en mí y sucedió, casi sin quererlo, que vi delante de mí la expresión de un gran amigo mío: cuando es agredido cierra los ojos, como si fuese más allá de su propia instintividad, preocupado por el bien del otro y razonando sin descanso, recordando la belleza que Dios ha puesto en cada corazón; y me salió hacer lo mismo. Fue como si la persona de mi amigo hubiese sido como un tobogán del que Jesús se servía para mostrarse. Luego viniste a nuestra ciudad para una asamblea, y aquella noche no era capaz de volver a casa por el asombro que había en mí, exactamente como después de que nos hablaras del Innominado y Federigo. Me sucedió lo mismo, y por eso siento la necesidad de darte las gracias. En aquella asamblea todo me impactó, cada palabra tuya dirigida a nosotros. De hecho, nos vamos a juntar los amigos para retomar lo que nos has dicho, para que pueda prender en nosotros. Quería también decirte que me ha impresionado la increíble familiaridad que mostraste entre nosotros aquella noche, visible de forma objetiva en tu rostro, en tu sonrisa, en el tono de tu voz y sobre todo en cómo nos has ayudado después de cada intervención a ir al fondo de lo que decíamos, a ir a la raíz: ¿a quién necesitamos hoy? De aquí surge el deseo de un seguimiento que sea como una obediencia, unido al gran deseo de ponerme manos a la obra con los amigos para retomar todo lo que dijiste aquella noche. Y espero que se dé la posibilidad de hacerlo, de volver a encontrarnos contigo de una forma tan familiar.

¡Se dará! No tengo nada que añadir a lo que acabamos de escuchar. Basta simplemente con retomarlo a través de los Apuntes. Porque cuando el Señor nos da, con la sencillez con la que nos lo acaban de testimoniar, la posibilidad de ver que existe un niño adulto o un adulto niño, asombrado e impresionado por todo (hasta por las cosas más elementales), experimentamos que se trata de algo que está al alcance de cualquiera de nosotros. Pero esta pobreza de la que habla el Innominado es la misma pobreza por la que te he hecho venir desde tu ciudad (a pesar de que tenías muchos compromisos: ocho hijos, el marido enfermo, etc.), por el deseo de poder escucharte otra vez y de poder compartirlo con todos. Así es como se hace presente el Misterio en medio de nosotros, a través de lo que hace suceder ante nuestros ojos. Ahora todos estamos provocados por lo que ha sucedido y sigue sucediendo. Esto es para nosotros en primer lugar.

Pero para que podamos captarlo, hace falta todo el recorrido que vamos a hacer, desde ahora hasta finales de julio, con el trabajo sobre la Primera lección de los Ejercicios (de la página 25 a la 48), y retomando algunas preguntas y respuestas de la Asamblea (de la páginas 79 a la 82 y de la página 94 a la 102). Veremos que solo si se despierta y se

adquiere esa pobreza que nos ha pedido el Papa, podremos asombrarnos de verdad – como Juan y Andrés, como la Virgen, como los pastores– de lo que sucede, en vez de darlo por descontado. En agosto y septiembre retomaremos la Segunda lección (de la página 53 a la 78) y el resto de preguntas y respuestas de la Asamblea (de la página 82 a la 94).

Vacaciones comunitarias. Como tema para las vacaciones sugerimos esta pregunta: «¿Sigue siendo la salvación interesante para ti? ¿En qué lo percibes desde tu experiencia personal o desde la de las personas de tu comunidad?». Imaginad lo que puede llegar a ser el verano si tenemos presentes estas preguntas. La cuestión sobre qué significa la salvación ha salido muchísimo en los Ejercicios de la Fraternidad, han sido muchísimas las preguntas que han llegado sobre este tema: «¿Qué es esta salvación?». Quiere decir que nosotros, que somos cristianos, nosotros, que pertenecemos al movimiento, no sabemos todavía qué es la salvación. Y no lo aprenderemos recibiendo una clase. Como decía la primera carta de esta noche, aunque a nivel formal uno lo reconozca, ha perdido su valor existencial. Por eso es necesario estar atentos durante el verano y preguntarse: ¿dónde percibo yo la salvación? ¿Cómo sucede? ¿Qué rasgos tiene? ¿En qué percibo que está sucediendo la salvación? Y entonces podremos responder a la pregunta: ¿Sigue siendo la salvación interesante para mí? Y cuando sucede, ¿permanece como algo interesante? No es un problema de discusiones o de interpretaciones, porque uno puede hacer muchas cosas pero, cuando llega el famoso test, el de la alegría, vuelve la pregunta: ¿dónde está la salvación? *Evangelii gaudium*, la alegría del Evangelio, la alegría que trae Cristo, ¿dónde está? La alegría es el signo de la salvación. Como decía nuestra amiga esta noche, es una buena «hipótesis de significado» para el trabajo de este verano: prestar atención para percibir dónde sucede la salvación, dónde se manifiesta la alegría que es su signo principal.

Meeting de Rímini. Tendrá lugar desde el domingo 20 al sábado 26 de agosto con el título «Lo que heredaste de tus padres, vuelve a ganártelo para que sea tuyo». Como se puede ver, es el título más adecuado para nosotros ahora. Si nosotros no volvemos a ganarnos lo que se nos ha dado, lo perderemos por el camino. Os recuerdo que todos pueden construir el Meeting participando aunque solo sea un día, y también físicamente a través del trabajo voluntario.

Os señalo la entrevista que me ha hecho John Allen, uno de los más prestigiosos periodistas americanos, que ha sido publicada en *Cruxnow.com* y que podéis leer en el sitio de CL.

Veni Sancte Spiritus

¡Buen verano a todos!